

tismo en el Jordan). Jesucristo era figurado más á menudo bajo la imagen del Buen Pastor¹; algunas veces bajo la de Orfeo.

Su Madre, la Virgen María, era representada ya con el Niño Jesús, ya con un profeta², ya en la actitud de una mujer orando. También se veían imágenes de los Apóstoles Pedro y Pablo, y de los principales mártires. Los cálices y vasos, las lámparas y anillos llevaban igualmente diferentes emblemas cristianos. Los artistas, imitando el procedimiento técnico y las formas del arte profano, seguían reglas precisas establecidas por la Iglesia: de aquí la unidad de método, la premeditada reserva que se nota en sus trabajos. La escultura era rara vez empleada, y se prefería á ella la pintura. Fuera de la estatua de Cristo en Panceas³, son muy pocos los sarcófagos que se encuentran desde el tercer siglo. Muchos de los antiguos autores eclesiásticos se declaraban contra las imágenes, ya á causa de las prácticas idolátricas y de los diversos abusos que resultaban de ellas, ya por los peligros que ofrecían para los fieles, ya porque estuviesen ellos mismos imbuidos de preocupaciones, y siguiesen principios demasiado rígidos. El cánón xxxv del Concilio de Elvira, en España, según el cual no debía haber pinturas en las iglesias, por temor de que los objetos del culto y de adoración fuesen pintados en los muros, no contenía una prohibición general y fundada en principios. Había sido dictado durante la persecución de Diocleciano, cuando tantas iglesias eran profanadas y destruidas, y las pinturas murales expuestas á la profanación. No se refería á los emblemas figurados en los vasos de las iglesias, ni á los cuadros simbólicos. En todo caso, esta medida sólo tenía un carácter local. Las antiguas imágenes ó pinturas no representaban todavía al Crucifijo, si bien el signo de la Cruz estaba en uso y honor por todas partes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 217.

Orig., Hom. x in Jos., n. 3 (Op. II, 423), sobre los cristianos, « quorum fidei hoc tantummodo habet ut ad ecclesiam veniant et inclinent caput suum, sacerdotibus officia exhibeant, servos Dei honorent, ad ornatum quoque altaris vel ecclesie aliquid conferant, non tamen adhibeant studium, ut etiam mores suos excolant. » Clem., *Ped.*, III, xi, p. 106; Tert., *De pudic.*, cap. vii; Piper, Garruci, etc., *De Garruci: Vetri antichi*, Roma, 1848, 1864; F.-X. Kraus, *Die Kunst bei den alten Christen*, Francfort, 1868. Sobre Elib., cap. xxxvi, opiniones diversas en Natal. Alex., *Sac.* III, diss. xxi; Binterim, *Katholik*, 1821, II, p. 436; Hé-

¹ *Juan.*, x, 1 y sig.

² *Isai.*, vii, 14.

³ Eusebio, *Hist. eccl.*, VII, xviii.

felé, *Conc.*, I, 141; Nolte, *Tüb. Q.-Schr.*, 1865, p. 311; Kraus, *Roma sott.*, p. 181 y sig. Señal de la cruz, « frontem crucis signaculo tenero. » Tert., *De cor.*, capítulo iii.

§ 4. La vida religiosa.

El ascetismo.

218. Los cristianos ponían empeño sobre todo en combatir los placeres de la carne¹, en mortificar sus sentidos y en renunciar á sí mismos por las prácticas de un ascetismo rigoroso, á fin de adquirir gran pureza de costumbres y merecer el nombre de « santos »². Tenían horror á todo lo que enerva el cuerpo y degrada el carácter del hombre. Persuadidos de que la privación de alimento, por razón de la cantidad, ó de la calidad, el ayuno, en una palabra, usado ya en la antigua ley, era un excelente medio de sujetar la carne al espíritu³, y de neutralizar la influencia del demonio⁴, observaban, aparte de los ayunos prescritos por la Iglesia, otros que se imponían en circunstancias particulares, y hasta en todo negocio importante. Véase á ascetas cristianos, que no contentos con dar á los pobres lo que economizaban por medio del ayuno, soportaban durante mucho tiempo todas las privaciones imaginable, se retiraban de la sociedad y vivían en celibato y perpetua castidad. Véase á muchos cristianos seguir, hasta en la edad más avanzada, por amor de Jesucristo, una vida llena de privaciones, hacer voto de virginidad, vestirse de harapos, emplear, en fin, todos los medios adecuados para llegar á la más alta perfección. Semejantes á los gladiadores que se preparaban para los combates del circo por medio de la dieta y rigurosa abstinencia con el fin de ganar una corona perecedera, ellos se sometían á todo género de mortificaciones para conquistar una inmortal recompensa⁵. Cuanto más se fomentaba el verdadero ascetismo, basado sobre los principios del Evangelio, tanto más se combatía al falso ascetismo, nacido del orgullo farisaico, del desprecio que los gnósticos y esenios afectaban hácia las cosas materiales, y de una exagerada observancia del ritual mosaico, especialmente en lo que concernía á las leyes sobre los alimentos. Algunos, en efecto, se abstentaban de ciertos objetos, porque los consideraban malos en sí y á propósito para corromper las cos-

¹ Eusebio, *Hist. eccl.*, VII, xviii.

² *Rom.*, xiii, 14; *Gal.*, v, 17, 24.

³ *Matth.*, xvii, 20.

⁴ *I Cor.*, ix, 27.

⁵ *Ibid.*

tumbres. Lo que exigía el ascetismo cristiano, era abstenerse de cosas buenas en sí mismas. La Iglesia tuvo que luchar mucho contra aquellas exageraciones, porque no todos comprendían bien en qué consiste la perfección cristiana ¹.

Algunos Obispos, como Pinyto, en la isla de Creta, iban demasiado lejos en sus esfuerzos para conducir á los fieles hasta la cumbre de la perfección; sus exigencias á propósito de la castidad, eran excesivas. Dionisio, de Corinto, reclamó contra estos abusos, y aconsejó tener en cuenta la debilidad humana. Los Padres celebraban con grandes elogios á los que abrazaban voluntariamente la virginidad, cuando no obraban por una confianza excesiva en sus fuerzas, y empleaban los medios adecuados para guardar la castidad.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 218.

El nombre de asceta fué dado desde luego á los atletas. Platon, De repub., libro III, p. 297; Filon, De prem. et pon., 914, 917, 920; Arrian., Diss. in Epictet., III, cap. XII, *περὶ ἀσκητικῶς*. Artemid., c.; Oneirocr., iv, 33. La antigüedad conocía *ἀσκηταί, ἀσκητικαί, ὑγγρασταί, σακκοφόροι, σποδοῖτα, ἀποτακτικοί*; su género de vida era llamado « filosofía » por Antonomasia. Ascetas cristianos en Justino, Apol., I, 65; Athen., Leg., cap. xxviii, xxxii; Tert., De cultu fem., cap. xi; Doellinger, p. 306 y sig.; Zöckler, Krit. Gesch. der Ascese, Francfort, 1863; De Eckstein, Geschichtl. über die Askesis, Fribourg, 1802. — Se ayunaba: antes del bautismo (§ 102) y la ordenación (Act., xiii, 2 y sig.; xiv, 22 y sig.); antes de reunirse los Concilios (Tertull., de jejun., cap. xiv); al principio de las persecuciones (Cypr., Ep. xi, cap. i, p. 496); para mortificarse (II Cor., vi, 4 y sig.; xi, 27). Se ha hablado con frecuencia de vírgenes que se consagraban á Dios, Conc. Elib., cap. xiii, de aquellos que *παθεύσαν ἐπαγγελόμενοι*, Anery., cap. xix, que *κατὰ πρόθεσιν εὐνομήσας* hacían voto de no casarse, en Clem., Strom., iv, 23. Que los *ἀδελφοί* mencionados por Dionisio y Pinyto (Eus., IV, 23), no fuesen más que eclesiásticos, es falso, porque: 1.º todos los cristianos llevaban entonces el nombre de hermano; 2.º Dionisio aconseja imitar á *ἀδελφοὶ τῶν πολλῶν*, y 3.º Pinyto, en su respuesta, habla de los cristianos en general, del pueblo, *ὡς τὸ πᾶν λαόν*. Sobre la virginidad, Ign., Ep. ad Polye., cap. v; Method., Conviv. X virg.; Cypr., Ep. iv, p. 472 et seq.; De habitu virg., et Auct., De bono pudic. (Op. Cypr., part. III, p. 13 et seq.).

Los ermitaños.

219. La persecucion de Decio suscitó una clase particular de ascetas, que fueron llamados ermitaños, anacoretas ó monjes. Muchos cristianos, para librarse de la persecucion, se refugiaban en los desiertos y sole-

¹ *Math.*, xix, 11.

dades de Egipto; despues se aficionaban de tal modo á esta vida retirada, que no volvían á sus hogares, y perseveraban en la vida contemplativa.

San Pablo de Tebas (nacido hácia el 228), había elegido en su juventud una gruta situada en montaña solitaria, donde una palmera le suministraba á la vez alimento y vestido; allí pasó noventa años en la oracion, la meditacion y el ascetismo. Poco tiempo ántes de su muerte (340), y habiendo llegado á la edad de 113 años, fué descubierto allí por San Antonio, que nació en 881 y fué el fundador de la vida monástica, la cual habia de adquirir tan maravillosa extension en el mundo cristiano. Tales fueron los hombres que iban á asegurar tan glorioso triunfo al espíritu sobre la carne, á la gracia sobre la naturaleza, á la virtud cristiana sobre la corrupcion del mundo. Estos eremitas, cuyo número se acrecentó durante la persecucion de Diocleciano, observaban, sobre todo, el consejo del Señor, respecto á la pobreza voluntaria ¹, y en esto tambien se aventajaban á los filósofos paganos más célebres por su abstinencia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 219.

Dion. Al., ap. Eus., VII, 11; Hier., in Vita S. Pauli Er. (Op. II, p. 1-14, ed. Vall., t. IV, p. 68 et seq., ed. Mart.); Acta sanct., d. 15 jun.; Chrys., Hom. xxiv in Act.; Soz., I, 13; Baronius, an. 253, n. 114; Pag., h., a. n. 5.

Los mártires.

220. La paciencia y firmeza de los cristianos brillaron principalmente en el heroísmo de los mártires, gloriosos testigos de Jesucristo. Tales son Esteban ², Antipas ³, y en general todos los que derramaron su sangre por el nombre de Jesús.

El martirio se consideraba como el más alto honor en la estimacion de los cristianos; acordábanse de estas palabras de Jesucristo: « Al que no me confiesa delante de los hombres, yo no le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos ⁴. » Sabían que « no se debe temer á los que matan al cuerpo sino á los que pueden matar al alma; y más que todo á aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en la gehenna ⁵.

¹ *Math.*, xix, 21.

² *Actos*, xxii, 20.

³ *Apoc.*, ii, 13.

⁴ *Math.*, x, 32; *Luc.*, ix, 26.

⁵ *Math.*, x, 28.

porque el que pierde la vida por amor de Jesucristo la volverá á hallar 1. Tenían presentes en su memoria estas palabras de San Pablo: «Si morimos con Jesucristo, resucitaremos con Él; si sufrimos con Él, con Él reinaremos; si renunciamos á Él, Él á su vez renunciará á nosotros 2.» Sabían que el discípulo no debe ser de mejor condicion que el maestro 3; que no se puede dar una muestra de amor más grande que morir por aquel á quien se ama 4; que nada contribuye tanto á la gloria y al triunfo de la Iglesia como la sangre de sus hijos, y que nada es más favorable á su acrecentamiento y prosperidad.

Aquí encontramos el contrapeso directo del paganismo: «un cristiano, decía Orígenes, da más fácilmente la vida por su fe, que un pagano daría un pedazo de su manto por todos sus dioses 5;» y el lado opuesto del gnosticismo, que permitía renegar de Jesucristo en tiempo de persecucion, distingua una profesion interior y otra exterior, y consideraba al martirio como un suicidio; siendo así que por el contrario, se dejaba de estar interiormente unido á Jesucristo, cuando por temor á los hombres se le negaba exteriormente. «Los oprobios de los que sufren persecucion por la justicia 6, que soportan todos los tormentos, que se entregan á la muerte por amor de Dios, y para confesar á su Hijo, son únicamente lo que mantiene á la Iglesia en su pureza; élla con frecuencia se halla debilitada, pero sus miembros se multiplican siempre 7.»

Los mártires nada tenían de comun con los condenados á muerte; la causa por la cual morían, los diferencia esencialmente de éstos. La barbarie pagana había agotado su inventiva para descubrir nuevos instrumentos de martirio, nuevas torturas: veíase á cristianos de toda edad, sexo y condicion, á niños y vírgenes delicadas, más celosas de su pudor que temerosas de los suplicios, afrontar en gran número, á millares, este combate glorioso. No se precipitaban en él temeraria y ciegamente, sino que lo evitaban en cuanto era posible; pero no huían de él cuando era inevitable, y cuando no quedaba otra alternativa que la muerte ó la apostasia. Inmensa gloria rodeaba á estos combatientes: llamábaselos bienaventurados, benditos, atletas fieles y magnánimos; invocábase su intercesion, guardábanse sus reliquias, recogíanse las gotas de su sangre, visitábase su sepulcro, escribíanse sus actas, se erigían altares sobre sus huesos,

1 *Ibid.*, x, 28; *Luc.*, ix, 24; *Xvii*, 33. Cf. *Joan.*, xii, 25; *Math.*, xvi, 25; *Marc.*, viii, 35.

2 *I Tim.*, ii, 11 y sig.

3 *Joan.*, xv, 20; *Math.*, x, 24.

4 *Joan.*, iii, 16; x, 11, 17 y sig.

5 *Contra Cel.*, vii, xxxix.

6 *Math.*, v, 10.

7 S. Ireneo, iv, xxxix, 19.

se celebraba su aniversario, y eran glorificados por la elocuencia y la poesía.

Distinguíase á los mártires, propiamente dichos, que habían muerto combatiendo, de los confesores (homologetas, segun *Math.*, x, 32), que sin perder la vida daban testimonio á Jesucristo, hasta con peligro de sus honores y bienes; algunas veces, sin embargo, recibían tambien el nombre de mártires, y muy á menudo lo eran bajo ciertos aspectos. No se consideraba como mártir á cualquiera que hubiese sido condenado á muerte por los paganos. El que sin otro motivo que el ardor de su celo, rompía las estatuas de los dioses y pagaba con la vida su audacia, no debía ser honrado como tal 1.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 220.

Sobre el martirio, Tert., *Apol.*, I: «Sanguis martyrum semen christianorum.» Leo M., *Serm.* lxxxii in nat. B. Petri, cap. vi: «Non minutum persecutionibus Ecclesia, sed augetur, et semper dominicus ager segete ditiori vestitur, dum grana, quae singula, cadunt, multiplicata nascuntur.» Cf. *Cypr.*, Ep. vi, p. 480; Ep. x, p. 490 et seq.; Ep. xxxi, p. 559, ed. Vind. *Martirios de los herejes*, Justino, *Apol.* I, 26; Tert., *Scorp.*, cap. i; *Cypr.*, *Ep.* lxi, cap. iii, p. 697: «Neque enim persequitur et impugnat Christi adversarius nisi castra et milites Christi; haereticos prostatos semel et suos factos contemnit et praeterit; eos querit deiecere quos videt stare.» Diversas clases de martirios, Gallonius, *De sant. mart. cruciatibus*, Rom., 1594; Mamachi, *Ant.*, III, p. 167 et seq.; Gasz, *Das christl. Mart.* (*Ztschr. f. hist. Th.*, 1859). Temor de las vírgenes cristianas, Aug., *De civ. Dei*, I, 26-29. La opinion de Dodwell (*De paucitate martyri*, Diss. *Cypr.*, xi, xii, refutada por Ruinat (*A.*, 15 g), es combatida: 1.º por los autores eclesiásticos: Ireneo, IV, xxxiii, 9 (donde ha hablado «de la multitud de martirios»); Euseb., *Hist. eccl.*, VIII, 4 y sig.; *De martyr. Palast.*; Lact., *De morte persecut.*, cap. x; 2.º por las fiestas de los mártires de las diferentes Iglesias; 3.º por las actas auténticas de los mártires; 4.º por el número de las reliquias descubiertas, sobre todo, en las catacumbas de Roma. Sobre su criterio véase Victor de Buck, S. J., *De Phialis rubricatis, quibus mart. Rom. sepulcra dignosci dicuntur*, observ., Brux., 1855; Le Blant, *La Question du vas de sang*, Paris, 1858; P.-X. Kraus, *Die Blutampullen der rom. Katakomben*, Francfort, 1868. *Mártires y homologetas*, *Const. ap.*, VIII, 23 (antiguo fragmento, *De mystico min.*, cap. vii, p. 58, ed. Pitra); *Petrus Alex.*, cap. viii (*ibid.*, p. 554 et seq.); *Cypr.*, Ep. xiii, cap. ii; Ep. xvi, cap. i, p. 505, 517. Los cristianos acusados en Edesa bajo Diocleciano, Samonas, Gúrias y Abibus (Migne, *Patr. gr.*, t. CXXVI, p. 128 et seq.), que fortalecían á los llanos y aparecieron despues de su martirio como vengadores del perjurio, se llamaban, por antonomasia, homologetas, en calidad de ἐπόπται καὶ περὶ τὸν ἁγιόγραφον. Photius, *Amph.*, q. cccxlvii, p. 1052, ed. Par.

1 Concilio de Elvira, can. LV.

La caridad fraterna.

221. El heroísmo de los cristianos brillaba también en los conmovedores ejemplos de caridad, la cual era la única que podía reunir sin confusión á elementos tan extraños como sabios é ignorantes, judíos y paganos, ricos y pobres, libres y esclavos, griegos y bárbaros. No solamente se amaban los cristianos entre sí como hermanos, como hijos de un mismo padre celestial, y se auxiliaban mutuamente de mil maneras, sino que los infieles mismos sentían el efecto de su amor y desprendimiento, sobre todo, en las épocas de epidemia, como sucedió en Alejandría, bajo el episcopado de Dionisio, y en Cartago bajo el de Cipriano. Los indigentes y abandonados, los enfermos y cautivos, eran objeto de su tierna solicitud. Atendían aún á las menores necesidades de los pobres, proveían á sus atenciones extraordinarias, hacían colectas en favor de los cautivos. Se aprovechaban de todas las circunstancias, escribían tratados particulares para recomendar á los fieles las obras de misericordia, recordándoles que Jesucristo considera como hecho á Él mismo lo que se hace al más pequeño de sus hermanos¹. Los pobres, decía San Lorenzo, diácono de Roma, son el tesoro de la Iglesia. Los diáconos y diaconisas estaban encargados principalmente de servirlos.

Á las obras corporales de misericordia era preciso unir las espirituales, porque la Iglesia es la sociedad de los Santos. Con frecuencia uno solo obraba en nombre de muchos. Se acudía en socorro de los hermanos intercediendo y hasta sacrificándose por ellos. Pero era preciso que ninguna cosa alterase la humildad, la más bella de las virtudes cristianas, y el que todo lo había hecho, debía considerarse como siervo inútil². Fuera del voto bautismal había, siguiendo el ejemplo de San Pablo³, otros votos particulares como el que hacían las viudas jóvenes⁴.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 221.

Tertul. Apol., cap. xxxix; Dionys., ap. Eus., VII, 22; Cypr., De mortalitate, p. 297 y sig.; De op. et elemos., p. 373 y sig.; Ep., VII, p. 485; Ep. LXII, p. 698; Ep. XLII, p. 588; Orig., in Matth., xxiv, 46; Op. III, 879; Pontius, in Vita Cypr., cap. ix, 10; Justin., Apol., I, 67; Polyc., Ep., cap. iv, 10 et seq.; Barn., cap. xix,

¹ Matth., xxv, 40.

² Luc., xvii, 10.

³ Act., xviii, 18.

⁴ 1 Tim., . . .

xx; Tert., Ad ux., II, 4 y sig.; De fuga, cap. xii; Ratzinger, Gesch. der christl. Armenpflege, Frib., 1868, p. 15 y sig.; Opera supererogatoria, Herm., Past., Sim. V, n. 3; Orig., in Rom., lib. III, n. 3; Op. IV, 307.

Mudanza en las costumbres.

222. El cristianismo cambió por completo las costumbres de la sociedad. Fué verdaderamente el camino de la vida para los que observaron la disciplina, y les preservó de extravíos. Los nuevamente convertidos permanecían en sus carreras y ocupaciones diversas, siempre que podían conservarlas sin peligro de caer en la idolatría y sin faltar á sus deberes. En caso contrario, renunciaban á ellas. Daban pruebas de invencible paciencia, de inquebrantable sumisión á las autoridades paganas; satisfacían los impuestos, y cumplían escrupulosamente todos sus deberes de ciudadanos. Pero desde que se exigía de ellos cosas contrarias á su conciencia y religion, preferían obedecer á Dios antes que á los hombres¹; anteponían el servicio del Rey de los cielos al del rey ó emperador terrenal. Reivindicaban entónces la libertad cristiana, la libertad que libra del pecado; en ella encontraban la fuerza al mismo tiempo que el derecho de no mirar en las cosas de conciencia sino á la voluntad de Dios.

Esta libertad moral preparó insensiblemente los caminos á la civil: ella hizo pedazos el despotismo del antiguo mundo, relajó y suavizó las cadenas de los esclavos para romperlas un día definitivamente. En este punto los antiguos cristianos se inclinaban más bien á ir más allá de lo que prescribía la profesion de su fe, que á permanecer rezagados, y consideraban ilícitas numerosas ceremonias que estaban en uso, y muchos actos prescritos en honor de los emperadores. Preferían sacrificar su vida á dar el nombre de Dios á Júpiter, y sobre todo, á jurar por el número del emperador; rehusaban las coronas que se concedían á los soldados en ciertas circunstancias, así como su aprobacion, aun siendo indirecta, al culto de los ídolos; sobre todo evitaban el asistir á los teatros paganos, á los combates de gladiadores, á las danzas y solemnidades públicas. La severidad de costumbres excedía algunas veces la medida rigurosamente prescrita por el espíritu del cristianismo.

Sin duda había también entre los cristianos hombres viciosos, cobardes, indiferentes y gran número de apóstatas; sin embargo, los fieles de esta primera época, se aventajaban generalmente mucho por la pureza

¹ Actas, iv, 19; v, 29.